

Albert Recio | Universidad Autónoma de Barcelona

Sindicalismo, trabajo, sostenibilidad

I

El movimiento sindical tiene un cierto litigio con el movimiento ecologista. Mientras que en general el primero se sitúa en una senda productivista, suele apostar por políticas de crecimiento económico y por pelear la distribución de la renta, el movimiento ecologista ha puesto en evidencia las limitaciones naturales que pesan sobre la expansión de la actividad productiva y de forma creciente se postula favorable a políticas de decrecimiento o estabilización de la actividad productiva. No se trata de una mera disidencia intelectual sino que afecta a cuestiones muy concretas de la política, por ejemplo hace unas semanas ha sido imposible consensuar un acuerdo sobre la lucha contra la contaminación en Barcelona (un gravísimo problema ambiental y de salud) porque los sindicatos han mostrado su temor a que una política agresiva contra el automóvil privado (el principal causante de la contaminación junto a las emisiones de los cruceros que atracan en el puerto) puede poner en peligro muchos empleos en Catalunya. El ejemplo es bueno para indicar que estamos ante un dilema importante que sólo puede superarse con una formulación política que plantee el problema de forma diferente y permita superar un desencuentro peligroso.

II

Hace años que los científicos naturales están aportando evidencias que los problemas ecológicos que enfrenta la humanidad son de escala creciente y amenazan con graves efectos potenciales. Cambio climático, pico del petróleo, desertización, etc. apuntan a un futuro donde existen serias posibilidades de un colapso importante del modelo productivo y social. Para quienes este diagnóstico les puede parecer exagerado vale la pena recordar la incapacidad que han mostrado las organiza-

ciones económicas dominantes (tanto académicas como políticas) para entender los peligros sistémicos que se estaban generando en el sistema económico mundial. Una incapacidad que se ha saldado con una crisis económica de consecuencias dramáticas. Una incapacidad que es aún mayor para integrar en el análisis y la política económica los problemas medioambientales que

Hace años que los científicos naturales están aportando evidencias que los problemas ecológicos que enfrenta la humanidad son de escala creciente y amenazan con graves efectos potenciales. Cambio climático, pico del petróleo, desertización, etc. apuntan a un futuro donde existen serias posibilidades de un colapso importante del modelo productivo y social.

están en la base de toda civilización humana. Confiar en los modelos actuales de gestión económica para hacer frente a estos problemas es como dejar el pilotaje de una nave espacial a alguien que sólo ha aprendido a conducir una bicicleta o, a lo sumo, un automóvil.

Como ya se ha puesto en evidencia existe un aspecto común en la gestión que el capitalismo hace tanto de la naturaleza como de la vida humana. En ambos casos la lógica de la rentabilidad privada trata de eludir todos los costes y limitaciones que le genera una gestión social responsable. El período neoliberal se caracteriza por un reforzamiento de estas tendencias depredadoras del sistema. Algo claramente visible por lo que hace a la fuerza de trabajo (la combinación de fle-

xibilidad laboral y recortes en las políticas de bienestar tienen su contrapartida en un claro empeoramiento de las condiciones de vida de una parte creciente de la población) y son también patentes en el plano ambiental a pesar de coincidir en el tiempo con un crecimiento de la conciencia ecológica.

En gran parte el movimiento obrero organizado ha confiado en la política del crecimiento sostenido porque sigue manteniendo los esquemas analíticos que se impusieron al final de la Segunda Guerra Mundial. Y que en sus puntos básicos suponían que tenía lugar un pacto social por medio del cual el capital mantenía en lo sustancial su poder sobre la organización productiva y a cambio se garantizaban condiciones laborales dignas, un marco institucional que garantizaba rentas y bienestar más allá de la vida laboral y la posibilidad de participación en las ganancias generadas por el crecimiento de la productividad. Se trata sin embargo de un pacto que empezó a quebrarse con la crisis de los setenta, la implantación de políticas neoliberales y que en la crisis actual ha experimentado una mayor radicalización ante la evidente ausencia de una propuesta alternativa y una fuerza social capaz de implementarla. El viejo pacto social está quebrado por la combinación de muchas dinámicas: globalización, financiarización, cambios en la política económica y la gestión de los servicios públicos... que han supuesto un cierto retorno al viejo capitalismo liberal, de lo que es buena muestra la arquitectura institucional de la Unión Europea.

Hay un punto en común en la forma que adopta tanto la crisis ecológica como la crisis social del modelo de empleo. En ambos casos no se presenta como un fenómeno radical, de una sola vez, sino que va desarrollándose por episodios locales, a menudo imperceptibles en el conjunto hasta que el proceso resulta inevitable. Este es el caso de la crisis ecológica que se percibe por la sucesión de catástrofes locales que impiden tomar una conciencia global. Y la crisis del sistema de relaciones laborales sigue también esta misma pauta de reformas parciales que coexisten con fórmulas de participación de la época anterior que permiten sostener la ilusión de que se trata de una situación reversible con pequeños retoques. Pero cuando levantamos la mirada y tratamos de hacer un balance de conjunto parece evidente que ya se han



En gran parte el movimiento obrero organizado ha confiado en la política del crecimiento sostenido porque sigue manteniendo los esquemas analíticos que se impusieron al final de la Segunda Guerra Mundial.

producido cambios radicales en ambas direcciones, en la acumulación de problemas ambientales y en la erosión de un marco de relaciones laborales que garantice condiciones de vida y trabajo dignas a todo el mundo. Y esto sólo limitando nuestra mirada a los países del núcleo capitalista, en la periferia nunca han existido relaciones laborales y sociales dignas para la mayoría y el deterioro ambiental muestra sus mayores estragos.

Hay otro campo en el que ambas cuestiones también son convergentes. Tanto la crisis ambiental como la crisis del mundo del trabajo sólo tienen una posible resolución en clave igualitaria. La lucha del movimiento obrero es esencialmente una lucha igualitaria por posibilitar que todo el mundo alcance unas condiciones de trabajo y vida comunes, por reducir las diferencias insostenibles que generan las dinámicas del capitalismo, por

acotar los espacios de poder del capital. En el caso del ecologismo este igualitarismo nace tanto de su objetivo estratégico- la necesidad de preservar unas condiciones ambientales comunes para toda la humanidad presente y las generaciones futuras- como del creciente convencimiento de que sólo una sociedad igualitaria puede ser una sociedad sostenible. Un convencimiento basado en que son las dinámicas de pulsión del “consumo posicional” y los modelos de vida que emanan de los sectores más ricos los principales impulsores y los legitimadores de formas de vida y producción totalmente insostenibles. En parte también porque la aceptación de muchas personas para trabajar produciendo bienes indeseables, dañinos para la salud y el medio ambiente, insostenibles es el resultado de su ausencia de poder económico y de su dependencia de las decisiones de empleo que toman otros por ellos. En suma que sólo una sociedad igualitaria, no sólo en términos de renta sino de poder económico puede garantizar que se adoptarán decisiones productivas sensatas en lo ambiental y lo social.

III

En toda sociedad humana el trabajo ha constituido una actividad esencial para su supervivencia y su reproducción. Pero en cada sociedad la visión que se ha tenido del trabajo ha estado afectada por las estructuras sociales imperantes. En las sociedades precapitalistas el trabajo era básicamente la actividad que realizaban las clases subsidiarias, fundamentalmente los campesinos, los artesanos y los sirvientes domésticos. Las actividades de las élites eran otra cosa, actividades “superiores” (siempre el rango de las actividades se establece por las élites). El capitalismo alteró esta visión en un doble sentido: por una parte al separar la esfera doméstica de la esfera mercantil pasó a considerar no trabajo todas aquellas actividades realizadas en la primera. De otra la actividad de las clases dominantes pasó a ser considerada trabajo, en gran parte debido al hecho que en el capitalismo la clase dirigente (o al menos su fracción central, fundamentalmente masculina) se involucraba directamente en la organización cotidiana de la producción. Se convertía en cierta medida en una clase “trabajadora”. Gran parte del pensamiento económico dominante y también gran parte del propio movimiento sindical sigue tomando esta

concepción del trabajo como punto de referencia central. El trabajo excluye el trabajo doméstico, el trabajo es lo que se hace en el mercado. Y todos los que realizan una actividad en el mismo pueden considerarse trabajadores.

De hecho se ha ido un paso más allá en la forma de pensar la actividad laboral. La aceptación del capitalismo como un marco social naturalizado ha conducido a la consideración que la creación de empleo es un objetivo esencial de cualquier sociedad deseable y que lo único que debe plantearse es que este empleo se produzca en condi-

La cantidad de trabajo debe ajustarse al volumen de necesidades y a las tecnologías disponibles. De hecho esto es lo que seguimos haciendo en el plano de la actividad doméstica, aumentamos nuestro trabajo cuando hay que cuidar a personas, cuando hay una actividad especial

ciones aceptables en términos de salarios, jornada, salud, dignidad humana etc. Con ello se pierden de vista dos cuestiones esenciales. La primera es que el trabajo no es en sí mismo un objetivo social, es una actividad que debe realizarse para obtener los bienes y servicios necesarios para llevar una vida satisfactoria. No tiene sentido trabajar porque sí, cuando una sociedad satisface sus necesidades con menos tiempo no hace falta trabajar más. La cantidad de trabajo debe ajustarse al volumen de necesidades y a las tecnologías disponibles. De hecho esto es lo que seguimos haciendo en el plano de la actividad doméstica, aumentamos nuestro trabajo cuando hay que cuidar a personas, cuando hay una actividad especial (por ejemplo el día que invitamos a alguien a comer a casa) y la reducimos cuando no hay tantas cosas que hacer. La segunda es que se deja al capital, a sus detentadores la libertad de decidir el contenido y los fines de la actividad productiva. De una producción orientada por las necesidades y objetivos de la mayoría pasamos a una actividad basada en la rentabilidad privada lo que provoca tanto una sobreproducción de bienes de dudosa necesidad social como una subproducción de

bienes básicos para gente pobre, y una tendencia general a expandir la producción más allá de unos límites deseables. En la aceptación de este estado de cosas se encuentran muchos de los desencuentros entre sindicalismo y ecologismo, puesto que en un mundo donde la mayoría de la población no tiene el control de los mecanismos que permiten ajustar el empleo a las necesidades, las demandas ecologistas son vistas como restricciones a la producción que derivan en restricciones al empleo (y por tanto en miseria para muchos).

IV

La lucha por el trabajo digno que ha constituido la base del movimiento sindical no sólo está confrontada al doble desafío que representan la crisis ecológica de un lado y la ofensiva neoliberal del otro. Está además afectada por los propios cambios que ha experimentado la vida laboral en el capitalismo, las transformaciones sociales que el mismo ha generado y sus efectos sobre la concepción del trabajo que motiva las vidas de mucha gente.

En el capitalismo tradicional había una clara diferenciación entre una minoría capitalista cuya actividad productiva se centraba en las tareas de dirección y el resto del mundo de asalariados, que se percibían a sí mismos como clase trabajadora (por más que una parte importante de la población femenina realizaba su actividad laboral en el ámbito doméstico o, bastante habitualmente, se insertaba en parte en la actividad mercantil- trabajo a domicilio, actividades informales a tiempo parcial). Fuera queda el, durante bastantes años, el importante campo de los autoempleados, especialmente agricultores independientes (que ocasionalmente podían convertirse en asalariados temporales), comerciantes o artesanos. Y la lógica de la acción sindical se concentraba en tratar acotar el campo de poder empresarial (por ejemplo mediante la regulación de la jornada laboral) y en mejorar salarios y condiciones de vida. Las desigualdades de clase se traducían también en diferencias en el plano educativo y las formas de vida (Hobsbawm por ejemplo ha mostrado que la vida extra-laboral de la clase obrera masculina británica podía resumirse en “pub y fútbol”).

Hoy está pintura es bastante más compleja. Si bien el segmento de no asalariados se ha reducido, la configuración de los asalariados no puede en-

tenderse una clase social homogénea. Un cambio que ha sido en parte producido por el propio desarrollo capitalista- creación de las grandes empresas que requieren de un enorme ejército social destinado a realizar las actividades de dirección y control que anteriormente realizaban directamente los propietarios capitalistas; mercantilización creciente de actividades que antes eran exclusivas de las élites o estaban en la periferia del sistema- y en parte resultado del propio éxito de las luchas obreras en conseguir el acceso a la educación, en extender los servicios públicos. Cambios que han alterado de nuevo la visión del trabajo.

Simplificando hoy podemos considerar que en el seno de las clases asalariadas coexisten, cuando menos, tres concepciones del trabajo diferentes.

La lucha por el trabajo digno que ha constituido la base del movimiento sindical no sólo está confrontada al doble desafío que representan la crisis ecológica de un lado y la ofensiva neoliberal del otro. Está además afectada por los propios cambios que ha experimentado la vida laboral en el capitalismo, las transformaciones sociales que el mismo ha generado

Una es la versión tradicional, el trabajo como una actividad inevitable, como una carga que hay que regular en duración y condiciones. Otra la que se desarrolla a partir de la extensión de la educación, la creación de una cultura de la carrera profesional (no sólo en ámbitos técnicos, el deporte es por ejemplo un gran creador de mitos vitales). Se trata de una cultura donde el éxito profesional se antepone a cualquier otra consideración social y este éxito profesional conlleva una aceptación acrítica del trabajo como un medio para la misma (como decía hace en una entrevista a eldiario.es un triunfador en el mundo del software “la vida en Silicon Valley es trabajar y trabajar”). Se trata de una configuración del trabajo que se desarrolla en la esfera educativa y genera individuos que perciben la vida como competencia y rehúyen la vieja lógica obrera de tratar de acotar la actividad laboral y el

poder del capital. Es además un mundo que tiende también a ignorar todas las determinaciones que provienen del trabajo domestico y la lógica de los cuidados, un mundo de valores muy masculinos (por más que también hay mujeres involucradas). La tercera opción es la del trabajo como una actividad de complemento, fundamentalmente de ingresos, respecto a la actividad principal. Una visión en la que coinciden tanto personas cuya vida gira básicamente fuera del mundo mercantil (no sólo amas de casa, también personas que participan de formas de vida hasta cierto punto anticapitalistas) con miembros del segundo bloque que participan, sobre todo en su fase de formación, de actividades remuneradas que perciben como un expediente de paso. Lo que tienen en común estos sectores es que su vivencia del mundo laboral tampoco conduce a tratar de cambiar las normas de juego en las que se desarrolla.

El fraccionamiento que he tratado de describir no sólo afecta a las actitudes frente al sindicalismo y las acciones para ampliar el espacio de los derechos laborales. Genera también una visión normativa sobre el empleo que tiene un enorme impacto social. La economía convencional, la principal ideología legitimadora del capitalismo, ha dotado de un importante arsenal de instrumentos ideológicos para naturalizar las desigualdades, en forma de teoría del capital humano y la asociación de cualificación con educación formal. No se trata tanto de reconocer que para cada actividad laboral se requiere un proceso formativo específico cuyos poseedores están en condiciones de realizar mejor una determinada actividad, sino de justificar una verdadera jerarquía social que sitúa a los detentadores de un determinado nivel educativo en un plano de superioridad respecto al resto. La cultura de la carrera profesional no afecta sólo a la forma como la gente se relaciona con el capital y su propia vida sino también como se relaciona con el resto de trabajadores. Y ello tiene un doble efecto. El más importante desde el punto de vista de la clase obrera es que ha generado una devaluación del reconocimiento social de la mayoría de trabajos manuales, una devaluación que ha favorecido todas las prácticas laborales neoliberales. Y de otra que provoca una evaluación de la utilidad social más centrada en quién hace qué en lugar del valor social que realmente tiene cada actividad.

Por clarificar hoy la mayor parte de actividades que realiza la gente común, que en la práctica requieren el dominio de saberes, la experiencia, la dedicación esmerada (algo que vale para actividades como la limpieza, los cuidados personales, la cocina, la construcción y un largo etc.) se consideran “descualificados” y con ello se legitiman las malas condiciones de empleo y un cierto “estigma” a quien las realiza. Y al mismo tiempo nunca se produce ni una evaluación de la verdadera dificultad de las actividades “cualificadas” ni mucho menos de su verdadera utilidad social. Entre ellas hay muchas dedicadas a producir bienes social y ecológicamente innecesarios, otras

La economía convencional, la principal ideología legitimadora del capitalismo, ha dotado de un importante arsenal de instrumentos ideológicos para naturalizar las desigualdades, en forma de teoría del capital humano y la asociación de cualificación con educación formal.

directamente orientadas a mantener el control social (publicistas, creadores de opinión...) y otras incluso directamente productoras de males sociales (desde el diseño y difusión de armas sofisticadas hasta el inmenso ejército de técnicos dedicado a facilitar el capitalismo especulativo). Es imposible pensar en un mundo social y ecológicamente responsable sin luchar en el plano de las prácticas, las estructuras y los valores que legitiman un modelo social pensado solo para la reproducción del capital. En el plano más concreto de la acción sindical la lucha por defender una vida laboral acotada, digna, bien engarzada con el resto de la vida social va a ser imposible si no se cuestionan las bases que producen estas fragmentadas y jerarquizadas culturas del trabajo.

IV

Es evidente que las cuestiones que he planteado tienen una enorme dificultad para el sindicalismo, puesto que requieren vías de intervención que a menudo están fuera de sus capacidades reales de acción. Pero por otra parte parece evidente que

la amplitud de los cambios que se han producido en la última fase de desarrollo del capitalismo y la persistencia y empuje de las políticas antisindicales ponen en peligro la persistencia del sindicalismo tradicional y amenazan con relegarlo a un espacio muy reducido de la vida social. Por esto considero que la única opción viable pasa por articular la acción sindical en un plano más amplio de movimientos y de acciones políticas tendentes a bloquear las derivas cada vez más insoportables del capitalismo actual y a hacer emerger un marco institucional global más amable con las personas y la naturaleza. No es una cosa totalmente nueva. La propia existencia del sindicalismo ha dependido siempre de alianzas con corrientes políticas que han garantizado las condiciones básicas para su actuación. Ahora las necesidades de cambio son mayores que nunca porque exigen no sólo un reconocimiento de derechos sino también una reorientación de toda la actividad económica.

En este contexto hay alguna cuestión que el sindicalismo puede realizar porque tiene una larga experiencia. Es la lucha por restablecer un marco social igualitario. Hay dos campos básicos de actuación en este sentido. Uno es el de restablecer el reconocimiento social del trabajo “manual” discutiendo a fondo (y hay buenos argumentos) toda la cuestión de la productividad y sobre todo la del valor social de los empleos “descualificados”. El otro es el de discutir los derechos capitalistas en el uso de la fuerza de trabajo, todo lo que emana de la cuestión de la “flexibilidad laboral” de la que se deriva un enorme deterioro de las condiciones laborales. Antes de conseguir victorias en estos campos hay que construir hegemonía social y esta requiere de buenos argumentos. Y en este campo tenemos dos buenas líneas de construcción. Una es la que curiosamente puede inferirse a partir de la lectura de un liberal como Adam Smith, para quien los salarios debían compensar las ventajas y desventajas netas del trabajo. O sea que la cualificación es sólo una parte de la cuestión, la dureza, la temporalidad, el prestigio social etc. también cuentan y por esto hay que “compensar” los empleos que están en la cola de la escala social, los que nadie quiere hacer. La otra es la de exigir una evaluación correcta de las ventajas y costes

sociales que genera la flexibilidad, sus muchos impactos sobre el bienestar colectivo.

Una reestructuración ecológica requiere sin duda un cambio profundo en la estructura productiva que afecta a los empleos. Y este ha sido el mayor punto de desencuentro con el sindicalismo. Pero la defensa del empleo existente se ha mostrado casi siempre débil frente a las políticas de reestructuración productiva que provoca la dinámica capitalista. Defender un sector indeseable

Una reestructuración ecológica requiere sin duda un cambio profundo en la estructura productiva que afecta a los empleos. Y este ha sido el mayor punto de desencuentro con el sindicalismo. Pero la defensa del empleo existente se ha mostrado casi siempre débil frente a las políticas de reestructuración productiva que provoca la dinámica capitalista.

no garantiza que el empleo vaya a ser estable (hace unos años en Catalunya hubo una importante movilización sindical en defensa de una regulación favorable al sector de la moto que acabo siendo atendida, pero a los pocos años los fabricantes decidieron cerrar y hoy el sector es totalmente marginal). Más bien una política propositiva que incluya cambios en el sentido de la sostenibilidad y que pueden plantearse como reducción de unos empleos, creación de otros, políticas de jornada laboral y políticas diseñadas para, en el caso que sea necesario facilitar la transición entre unos empleos y otros tienen más posibilidades de éxito que la mera defensa de lo existente. Requiere entrar a cuestionar una de las prerrogativas del capital, pero hoy esto ya constituye una necesidad esencial si queremos evitar la continuidad del desastre. Y este solo lo puede evitar una alianza social de las fuerzas y movimientos que plantean que la actividad económica debe ser un medio para el bienestar, no un objetivo en sí misma que beneficia a una minoría. ✓